

## «El resto»

Eliana Sofia Del Campo Alván

La Libertad, Perú

Apareció por la tarde en el viejo parque infantil, reposaba al pie del columpio y algunos perros lo habían rodeado mientras otros ya empezaban a ladrarle. No se supo quién dio la alerta, pero al poco tiempo casi diez personas lo rodeaban. Sin saber qué hacer, lo examinaron con precaución. Las madres sostenían a sus niños por los hombros, pues algún chiquillo, por curiosidad, podía tocarlo. Cielo amenazante, llovizna rala y tiznes oscuros. La intensa lluvia se había detenido hace horas, pero el lodo permanecía. “¡Preocúpense por los vivos, manga de ociosos!” – Gritó un viejo desde su segundo piso. Por esos días, todos dormían en los pisos superiores. Al ras del suelo todo estaba inundado. En las calles, el barro les llegaba a las rodillas a los adultos. A los niños, sus padres los cargaban. Había sido el tercer huaico en dos días, el sexto diluvio en la semana.

A poca distancia, los serenos hacían sonar la bocina, indicando a todos los vecinos que permanezcan en sus casas. El grupo no se movió. No podían dejarlo ahí. Esperaban la confirmación de que el resto era, en efecto, humano. No se podía distinguir. Estaba cubierto de lodo que la nueva lluvia empezaba a disolver. Era un trozo grande y flojo, semejante a un pellejo de chanco colgado en el gancho de alguna carnicería. Sabían que en otras partes de la ciudad se habían encontrado cráneos y huesos. Algunos ataúdes andaban flotando, formando barricadas en las calles cerradas. Pero el nuevo río de barro buscaba el mar, y hasta allí había empujado a ese trozo que poco a poco dejaba al descubierto su tono mortecino, amarillento.

–“Un muerto nuevo”– dijo una señora.

–“Eso aún no sabemos”– respondió su hijo. Una vecina llamó a su sobrina, una estudiante de enfermería que recién iba en segundo año. La chica entró a su casa y al poco rato salió con cubrebocas y guantes de látex. Disimuló su nerviosismo frente a la multitud que la miraba.

Estaban ansiosos, expectantes. Tomó con cuidado el extremo más ligero, hinchado por el agua. Estiró un pedazo de piel bajo la cual estaba un hueso blanco y grácil, como de porcelana. Dijo que le parecía un fémur; humano, sin duda. Algunas mujeres se santiguaron y una anciana elevó un lamento al cielo. Alguien salió corriendo hacia la parroquia, a avisar al cura. A esa hora, la gente almorzaba no perecibles que habían rescatado de sus alacenas. Algunos curiosos miraban la escena desde sus techos. Un niño se subió por la torre de radio y bajó a contarles a sus amigos que toditita la ciudad estaba cubierta de barro. Solo se había salvado el parque en el que jugaban. Esa plaza improvisada con un columpio roto y un pasamanos oxidado. La habían hecho en la parte más alta del barrio. Más allá, en el malecón, una grúa sacaba los bloques de piedra para que el pantano fluya.

Las palabras del cura bendijeron la lluvia, invocando a un arcoíris como pacto entre Dios y el hombre. Dijo que ello acabaría pronto y todos desearon creerle. Mencionó que, sin cauce, la humanidad andaba perdida, como ese resto sin cuerpo, carne sin nombre. Los ojos de todos volvieron a reparar en él. Se acercó una niña y le dejó un geranio. Una anciana prendió una vela y protegió la flama con la mitad de una botella de plástico. Pronto, el miembro se rodeó de tesoros improvisados. Un hombre gordo, algo ebrio, se puso de rodillas, el lodo llegándole al pecho. ¡Malditos los que trozaron a este hombre! – exclamó– ¡¿Hasta cuándo la ambición nos volverá salvajes?! Algunos vecinos murmuraron con aprobación y un aplauso decayó entre dos manos. Se miraron con tensión. Se contaron entre ellos.

Una bocina interrumpió el momento, era el serenazgo. Perifonearon a lo lejos ordenando que se dispersasen. Otro huaico llegaría en media hora, a más tardar. El segundo del día, cuarto de la semana. “Viene fuerte” – advirtieron por radio – “¡Tomen precauciones! ¡Salven todo lo que puedan! ¡Usen velas!”. La lluvia comenzó a caer más fuerte. Todos se resguardaron en sus casas, dejando el trozo humano a merced de la lluvia y la noche. Cuando amaneció, el lodo ya había tapado por completo el columpio en el parque infantil y ya nadie pudo salir de casa.

Eso es lo que guarda mi memoria sobre aquel día. Memoria inevitable, siempre termina por liberar lo que encierro. Desconozco el sonido de mi voz, pero las gaviotas me brindan las suyas cuando les doy reposo en mis brazos, bajo mi antorcha. Recuerdo las voces de los hombres cuyos cinceles me crearon. Guardo la historia de los amores que me originaron y las de quienes perdieron la vida en la perenne contemplación de mi imagen. No guardo compasión por la gente que me atacó, pues nada merecen de mi parte.

Tengo el rostro de una mujer a la que un hombre amó en secreto. Una pasión triste camuflada en un andar violento por la vida, que lo terminó por enfermar sin remedio. Poderoso, desafió con su último aliento su naturaleza. Con el fin de inmortalizarla, ordenó darle forma de sirena y colocarla en medio de una de las

avenidas más transitadas de la ciudad. Así fue que vi la luz por primera vez, tendida bajo el cielo urbano. Recuerdo la emoción por conocer a mis semejantes. Condeno mi memoria pues tampoco olvido la frialdad de las miradas devueltas, las bocas torcidas, las muecas. Una madre se apresuró en teparle los ojos a su hijo con una mano y, con la otra, a su esposo. El cura se santiguó y me negó su bendición. Esperé la defensa de mis creadores. Noté cómo levantaron sus hombros con indiferencia, a mis espaldas. Una brisa fría me indicó que mucho más atrás estaba el mar. Quise de inmediato estar sumergida. En vez de ello, me quedé quieta, resignada a convivir con la hipocresía de a quienes ofendía con mi desnudez parcial.

Hicieron todo por removerme de mi sitio. Me echaron la culpa de los accidentes automovilísticos ocurridos alrededor mío. Me tildaron de inmoral. Quienes osaron defenderme fueron removidos de sus cargos. Nunca supe qué otra cosa debía pasar en la ciudad para que yo deje de ser lo más importante. De pronto, cubrir mi cuerpo se volvió la prioridad para el gobierno de turno. Este cuerpo de mujer les insultaba. Pese a esto, esa ofensa convivía con su deseo. Me preguntaba a menudo cómo era posible. No tuve mucho tiempo de hacerlo pues la ordenanza para censurar me salió de inmediato. Cómo y cuándo lo harían sería cuestión de tiempo y cruel creatividad.

La solución no tuvo nada de arte ni seso. Me cubrieron de escamas para tepar las zonas que consideraban obscenas, por lo cual terminé tapada hasta el cuello. Al finalizar semejante atentado, ya no les parecí estética. Me veía grotesca. Me movieron a este mísero barrio, frente a la playa. Desde aquí pude darle el duelo adecuado a mi juventud. Salvo que ello no implicaba el paso del tiempo. Era el fin de nada, solo una inmortalidad sin tregua. Encontré mi imagen cubierta por el polvo, rodeada por la cal. Permanecí atosigada por mis recuerdos proyectándose sobre un caleidoscopio roto. Quise transformarme en ola, gaviota o arena; lo que sea por escapar a la condena de mirarme.

En los días más grises, anhelaba ser parte del océano en el que me encontraba. Soñaba con la muerte, quería verme en el mar. Fundirme en su furia y desintegrarme con la misma fuerza de las olas que me deshacían. Les tomaría demasiado tiempo recobrar todo el yeso. Y yo quería el fin, siempre el fin. El cielo parecía escucharme cuando de este comenzó a caer una lluvia tenebrosa sin pausa alguna. El rugido de los truenos me alertó de algo distinto. Un río de lodo se abrió paso entre las piedras para asistirme a renunciar a esta inmortal soledad.

Fue entonces que llegó. Chocó contra mi base en un chapoteo ahogado. Me sorprendió su compañía. Pese a ser sirena, la reconocí. Ella era una pierna de mujer. Le conté mi historia y luego le pregunté por la suya.

–Similar a la tuya– respondió, antes de deshacerse entre la espuma.

**«El resto»**

**Eliana Sofía Del Campo Alván**  
La Libertad, Perú

**SEGUNDO PREMIO**

**II Concurso Escritura Creativa UPE - 2023**  
**Ganadora de Categoría - Relato de Ficción**

*Los Derechos de la Mujer: perspectivas políticas a través de la Literatura*



UNIVERSIDAD  
PROVINCIAL  
DE EZEIZA



Universidad  
Pública  
Argentina